

do mis ruegos; me había dado su corazón, aquel corazón hecho pedazos por el dolor, y yo pagaba tanta ternura con el olvido. No; mi conducta era infame, infame, vergonzosa. ¿Qué amaba yo en Gabriela? ¿La hermosura, la discreción? También Angelina era hermosa y discreta. ¿La elegancia? Si Angelina con sus trajes humildes y sencillos era tan elegante como Gabriela... ¿La riqueza? No, la riqueza no puede dar felicidad a los corazones. Tía Carmen me había dicho que la señorita Fernández era rica... sí, pero también me decía: *no seas causa de que una mujer lllore un desengaño.*

Angaró este amor y viviré para Linilla; —pensé— sólo para ella! Le escribiré, iré a verte; y le confesaré todo, todo! ¡Esa tan buena, tan sencilla, tan cariñosa!... «Mira, Angelina, Linilla mía, perdóname!...» —le diría yo. —He sido infiel a tu cariño, a tu amor; de hoy más ¡te lo juro por la memoria de mis padres! viviré para ti, sólo para ti. ¿Qué haré si me faltas tú, si me niegas tu cariño; qué haré abatido y postrado por el dolor si no tengo el consuelo de tus palabras? Eres buena, muy buena, eres un ángel... Yo quiero ser bueno como tú. Sálvame, Angelina; una palabra tuya puede salvarme. ¡Verdad que me perdona! ¡Verdad, niña mía, que te lo lo olvida ras! Nadie te ha dicho nada, y yo mismo, yo mismo, sin tener tus enojos, vengo a confesarte que durante varios días otra mujer ha sido dueña de este corazón que es tuyo, sola mente tuyo. Pero nunca te olvidé, aunque quise olvidarme de ti.

Linilla me perdonaría, seríamos felices, viviríamos dichosos y veríamos realizadas nuestras más bellas esperanzas.

Pensando en estas cosas pasé dos ó tres horas, en lucha conmigo mismo. La codicia, sí, la codicia, porque sólo ella me podía hablar de ese modo, me decía: —«¿Dices que Gabriela ama a otro, que vive pensando en otro, que no puede amarte? Ten paciencia, ten calma, que no todo ha de ir tan de prisa como tú quieres. Ese joven a quien ya detestas, aunque no le conoces, no es digno del amor de Gabriela, y tarde ó temprano, el mejor día, se casará con alguna señorita más rica que ésta a quien ya amas; Gabriela le olvidará, y entonces...» ¡Ten calma! ¡Eres un muchacho sin experiencia! Déjate de melancolías y de novelas; abo mina de Lamartine y de Zorrilla, y recuerda que tu poeta favorito fué rico porque se casó con una inglesa millonaria. Ya verás cómo Zorrilla se muere de hambre sin que le valgan glorias ni laureles, sin que los favores de príncipes y reyes le hayan sacado de pobre. ¡Ya sé lo que vas a responderme! ¿Qué eso de casarse por interés te parece indigno de un caballero? ¡Escrípulos pueriles! Ya procederás de modo que tu buen nombre saiga ileso. ¡Que Gabriela no te ama! Espera.»

El amor hablaba noblemente: «Eres un villano! ¡No seas egoísta! Angelina te ama con todo el corazón, con toda el alma. ¡Pobre niña! Piensa que ha sido muy desgraciada; recuerda con qué franqueza, con qué sublime sencillez te contó la triste historia de su vida. Puedes hacerla dichosa. No tiene parientes ni amigos. El día que muera el P. Herrera la hermosa Linilla se quedará sola en el mundo, y se quedará en la miseria... ¿Qué de amarguras se le esperan! Aún no te había visto y ya te amaba; viniste y desde que tú llegaste fué dichosa Gabriela es buena, pero Angelina es un ángel. Rodolfo: ¡eres un loco! El corazón de la huérfana es un manantial inagotable de ternura; en esa alma dolorida vive el amor con todas sus virtudes; el desinterés, la abnegación... Estás en uno de los momentos más solemnes de tu vida: mira lo que haces! No eres codicioso ni avaro, no ambicionas riquezas; sueñas con una felicidad modesta y tranquila. Hace pocos días pintabas en una carta un cuadro bellissimo, ¿te acuerdas? Una casa embellecida por Angelina; tus tías felices, complaciéndose en verte; el P. Herrera lleno de alegría; tú y Linilla preparándola una sorpresa; y allá en el jardín dos niños que parecían dos querubines, jugando con un arillo encasacado. ¡Eso es lo que tú quieres! Lo tendrás a poco que te empeñes. Ojeme, ojo

me: Tú eres el único amor de Angelina; antes de amarte a ti no amó a ninguno... Gabriela ama a otro, y acaso no le olvide jamás... Supongamos que mañana eres esposo de esa elegante señorita... ¿Quién responde, quién, de que Gabriela, es decir tu esposa, no piense algunas veces en Ernesto? El otro día la viste escribir una letra... y sentiste celos, celos horribles! ¿Me pides consejo? Haz lo que quieras pero antes consulta con tu conciencia.»

Esta me acobaba de ingrato. La conciencia quedaría tranquila y callaría. La firmeza de mis propósitos y mi conduta futura lograrían dejarla satisfecha. Linilla no sabría nunca que su Rodolfo le había sido infiel.

Me asaltó entonces horrible presentimiento. Las señoritas Castro Pérez estaban en San Sebastián... ¡Eran tan discretas! Pero, en suma, ¿qué podrían decir? Los embustes que todos repetían en Villaverde, y nada más!

Quando me levanté de la mecedora para cerrar el balcón, daban las doce en el reloj del escritorio. Allá, en el fondo del jardín, seguía cantando el trovador alado...

Al atravesar la sala aspiré con delicia el aroma de las flores que se morían en el tazón de Sèvres; el piano de Gabriela me pareció como todos los pianos, los pinceles esparcidos en la mesa de trabajo, junto a la acuarela principada, nada me dijeron de la rubia señorita.

Dormí tranquilamente. Así deben dormir los que tienen una buena conciencia.

LX

¡Valiente fiesta! Villaverde fué imperialista hasta la médula de los huesos, y por aquellos tiempos hizo alarde de su hostilidad al partido imperante. En mi querida ciudad natal todos eran conservadores, y al advenimiento del régimen monárquico más de un budista villaverdino sonó con títulos y honores.

Ya se comprendía, por lo dicho, que las fiestas del Cinco de Mayo no podían ser en Villaverde ni populares ni lucidas. Los patrioterros alborotaban el cotarro, pero sin resultado alguno. Repiques y disparos de morterete al amanecer, a medio día y a la caída de la tarde; procesión cívica a las once de la mañana; discurso de Jurado y versos de Venegas en la alameda de Santa Catalina, y fuegos artificiales en la Plaza principal, bautizada ese día con el nombre de don *Panoracio de la Vega*. Este era el programa acordado por la R. Junta Patriótica, el cual, impreso en grandes pliegos de papel tricolor, fué repartido profusamente y fijado en todas las esquinas. En un artículo *transitorio* se decía que la *Junta pedía y reclamaba de los villaverdinos que decorasen por el día e iluminasen por la noche el frente de las casas.*

Pero, a pesar de los esfuerzos del H. Ayuntamiento y de la R. Junta Patriótica, presididos por el eterno don Basilio, nadie correspondió a tan cortés invitación. Los edificios públicos, esto es, el Palacio Municipal, la Aduana, el Juzgado, la Escuela y el Hospital *«Panoracio de la Vega»* amanecieron muy adornados con banderas de papel y festones de *rama de tinaja*, y así la casa del Alcalde, la de Venegas y la de Jurado.

La procesión cívica, ó, como dicen en Villaverde, el *paseo*, salió muy *rascacho* y ratero. Iban en ella los individuos del Ayuntamiento y de la Junta, los empleados, el comandante de la policía, diez ó doce gendarmes, y los chicos de la Escuela. Estos llevaban sendas banderitas de papel de China. Cereza de don Basilio marchaban los oradores: Jurado y Venegas. El primero, muy orondo y grave, con vestido negro y sombrero de seda, dejando ver entre las solapas de la levita voluminoso papasal; el segundo no se echó encima el fondo del baúl, iba con el traje diario, pero aseado y limpio, y fingía una modestia verdaderamente angelical.

Letase en el rostro de todos que la indiferencia del público los tenía contrariados, y

que la hostilidad de mis paisanos los hacía faltar. De seguro que Jurado previó el desaire y se preparó para el desquite porque en su discurso, que duró cerca de una hora, trató atrozmente a los conservadores, dijo pesces de las testas coronadas, y maldijo mil veces de quienes habían vendido a su patria por un puñado de lentejas. El tal discurso fué aplaudido calurosamente. No pude oír los versos del pedagogo, las doce habían dado ya, y me esperaban en la casa del Sr. Fernández.

—Vd. me perdonará; —le dije— mis tías me aguardan...

—Tiene vd. razón! —me contestó.—Pero vendrá vd. esta noche. Desde aquí gozaremos de la fiesta.

Me pasó la tarde con mis tías... Andrés fué a comer con nosotros, y allá como a las seis, me propuso que saliéramos a dar una vuelta. El viejo servidor estaba contentísimo.

—¿Qué gusto! —exclamaba a cada rato,— ¡qué gusto! Hijo: ¿no te lo dije! El Sr. D. Carlos es muy buena persona. Apúrate, aprende esas cosas del comercio que antes no sabías, y adelante, hijito. El corazón me dice que antes de morir te veré establecido y casado.

—¿Casado? —Por supuesto! —¿Con quién? —Con una muchacha buena, hacendosa, que te quiera mucho.

—¿Pobre ó rica? —Eso será como Dios quiera! Por mi gusto... pobre! Como Angelina... Yo he sospechado... el buen viejo sonreía maliciosamente, y guiñaba los ojuelos vivarachos —yo me sospecho que no le parecés a Linilla un costal de paja... ¡Vaya! Y ella, bien que te agrada! ¡Te alabo el gusto, hijito! Trabaja, trabaja con fé, con mucha fé, y cástate. Si tus padres vivieran estarían muy contentos... Las muchachas así, como Angelina, le gustaban mucho a tu mamá. Cástate. Yo no me casé porque cuando pude hacerlo ya era viejo, y además no necesitaba yo familia. Con los de tu casa tenía yo bastante. Siempre me quisieron mucho. Lo único que siento es que no he podido pagarles tantos favores como les debo. Amito: si yo fuera rico no tendrías que servir a nadie, nadie te mandaría...

El pobre Andrés me abrazaba enternecido.

Llegamos a la tienda de «La Legalidad.» —¿Entras? —me dijo.—¿Quieres un refresco? —No; voy a tomar chocolate con las tías, y luego a casa de don Carlos. —¿A qué hora saldrás de allá? —Después de los fuegos; si puedo, antes. —Te aguardaré en la esquina de la Parroquia. —Pasa por mí a la casa del Sr. Fernández... —No... —Por qué no? —Bonita facia la mía para ir allá. ¿Qué viene a buscar ese viejo? —dirían. —¿Andrés! —No, amito; conocerse no es morir... A las nueve y media llegué a la casa de Gabriela. En la antecámara jugaban a los naipes varios amigos, Sarmiento, Porras, don Carlos y el P. Solís. La señora y Pepillo estaban todavía en el comedor. No bien saludé a los jugadores cuando apareció Gabriela.

—Rodolfo: vd. no gusta del tráfeso... Vóngase por acá. Le enseñaré unas acuarelas de mi maestro...

Nos dirigimos a la sala que estaba a media luz. Mientras Gabriela fué a traer los dibujos, yo me acerqué a la rejá.

La Plaza estaba iluminada a *giorno*, como decían los programas de la Junta. En el Palacio ardían centenares de vasos de colores. Cereza de la fuente, en un tablado, la charanga del Maestro Bemoles tocaba una desastrada fantasía del «Baile de Máscaras.» La concurrencia era numerosa, pero popular, popularísima; gente humilde, la que acude en tropel a los espectáculos gratuitos. Al pie de la balaustrada, a lo largo del atrio y a la orilla de las aceras, puestos de cacahuates, de

torrados, de nueces, iluminados con hogueras de coque y algunos con mortecinas interiores. En todas partes se oían los gritos de los vendedores: *¡Cuarenta nueces! ¡Al buen tostado! ¡A tomar la viii...eve! ¡De limon y de leche!* En los espacios libres de paseantes jugaban al toro los granujas. Los chicos quemaban peardos y cohetes chicos, y to lo era bullicio y confusión. No lejos de mí una vieja de superabundante plasticidad freía sus buñuelos. La fina membrana blanca, suavísima, iba en pocos minutos de la rodilla de la buñolera, de la servilleta nivea, a la sartén hirviente; chillaba la manteca al apoderarse de la masa, la cual se esponjaba en mil ampollas, y a poco salía el buñuelo invitante y tentador, cuando despidiendo cierta fragancia empalagosa.

De tiempo en tiempo, un cohete de arranque sabía rasgando los aires estallaba en las alturas, y se desahacía en chorros de fuego, en lucas blancas, verdes, rojas, que esmaltaban con los colores nacionales el obscuro cielo. Tronaban en el atrio los morteretes al disparar una marquesa, reventaba la bomba, y se iluminaban con rapidísima claridad cúpulas y torre.

—Aquí, Rodolfo... —me dijo la señorita desde el velador.—Verá vd. qué lindo espectáculo!

Y me mostró veinte ó treinta acuarelas; flores, frutas y pájaros, pintados magistralmente.

—Nunca vi a Gabriela más hermosa! Vestía galano traje azul, de un azul desvanecido, pálido, como el color del cielo en una mañana de otoño.

—Nosotros nos colocamos en esa ventana. Dejaremos la otra para Pepillo que se divierte mucho con estas cosas...

Repito que nunca me pareció más bella la rubia señorita. Cuando la contemplé a la luz del quinqué la ví como envuelta en una atmósfera de oro. Todos mis proyectos vinieron a tierra; la pasión adormecida se despertó anhelante, y la imagen de Linilla, presente hasta ese momento en mi memoria, se desvaneció de pronto en las tinieblas del olvido. Me sentí sin fuerzas ante la hermosura de Gabriela, vencido, avasallado.

—Sopla un viento muy fresco... cosa rara en este mes. Sin duda ha llovido en la Sierra... ¡No tiene vd. frío? Yo sí. Será porque estoy muy nerviosa. Voy por un acrigo.

Se dirigió a la recámara. Mis ojos la siguieron... A poco salió envuelta en un chal anchusísimo, de felpa de seda, color de pír pura.

—Vea vd.—exclamó, sentándose en una mecedora,—cerca tenemos el castillo... En aquel instante levantaban frente a nosotros, a cincuenta pasos de la acera un árbol de fuego; la pieza principal, que era saludada por los granujas con jubilo vocerío. Los discípulos de Bemoles volvían a la carga con festiva polea, «Atlequina» muy en boga a la caída del Imperio y popularizada por los famosos músicos de la legión austriaca.

—Deseaba yo hablar con vd., Rodolfo. Tengo que contarle muchas cosas; tengo que darle muy alegres noticias.

—¿Alegres noticias? —Sí, muy alegres... —Veamos cuáles son. —No merece vd., amigo mío, que yo le confie dichas de mi corazón. No; ciertamente que no! Vd. no ha sido franco conmigo. Oré que vd. y Linilla se amaban, y lo dije; quería yo que tuviese vd. en mí una amiga, una hermana, a quien le contara vd. sus dichas y sus penas... Y vd., Rodolfo, no me dijo la verdad...

Bien,—presiguió alegremente—yo no pago con la misma moneda. Sé bien que el amor, el verdadero amor, es tímido y pudoroso, que no gusta de revelar secretos, que se afana por vivir escondido... ¡Merece vd. disculpa! Pero sé también que cuando amamos, cuando se ama como yo sé amar, es necesario que hablemos con alguno, de la persona amada. Se entiende que con alguno que sepa sentir como nosotros. Yo me había soñado que seríamos muy buenos amigos... Vd. sería el confidente de mis tristes amores;

yo, de los venturosos amores de vd. Pero el caballero don Rodolfo no tuvo confianza en Gabriela, en la pobre Gabriela que amaba y no era feliz. Y me decía ya: ¡Dichosa Linilla! Ama y es amada...

En aquellos momentos principiaron los fuegos. Ni Gabriela ni yo volvíamos el rostro hacia la calle. Ardían ruedas y ruedas, tonaban las marquesas, surcaban el aire vistosos cohetes, y nosotros no mirábamos nada.

Gabriela presiguió: —Dígame vd... ¿No es verdad que está vd. enamorado de Linilla? —No supe articular palabra. —¿No es cierto que ustedes se aman? Respóndame, Rodolfo!

—Oiga yo antes, Gabriela, esas noticias alegres que tienen a vd. tan contenta. —¡Ah! —prorrumpió la hermosa señorita, iluminada por los reflejos multicolores de las lucas de Bengala.—¡Tan contenta!... Quiero que vd. participe de mi dicha. Presénteme lo que Gabriela iba a decir, un sér invisible le murmuró en mis oídos. Entorné los ojos, deslumbrado por el incendio general del árbol de fuego, y a través de la mancha roja que percibían mis lastimadas pupilas me pareció ver el rostro de Angelina pálida y llorosa.

—Díga vd., Gabriela... —dije muy que dito... —Me ha escrito! Me ha escrito! Una carta muy tierna, una carta muy sentida. —¿Quién? —Ernesto. —Sí? —¿Le sorprende a vd.? —No... pero no lo esperaba. La resolución de vd... los deseos de don Carlos... —Mi padre cederá... En cuanto a mí... Soy mujer, esto es, soy débil. Ernesto me ama, estoy segura de ello... Ahórá me escribe, implorando mi perdón. Ruega, suplica, y no puedo despreciarle porque lo amo... Puede mucho una mujer... Yo mataré en el corazón de Ernesto esa pasión funesta... yo seré su ángel tutelar... y cuando le vea yo regenerado, cuando haya dejado para siempre ese vicio horrible... le daré mi mano! Dicen que soy hermosa, dicen que soy inteligente, que soy amable... Pues bien, to das esas cualidades me servirán para redimirle... ¡Aprueba vd. mi pensamiento?

—Y si no consigne vd. lo que se ha propuesto? —Entonces... ¡Entonces segairé amándole como ahora! ¡Si es mi primer amor, mi único amor!

La pobre señorita bajó la mirada y quedó pensativa y silenciosa. Entraba por la ventana un torrente de luz, y la estancia casi obscura se iluminó con melancólica claridad lunar. Los fuegos habían terminado. Centenares de cohetes de arranque, disparados a la vez, salían del atrio. Ascendían trazando en los espacios gigantes cas curvas, tronaban en lo alto y de la explosión brotaban raudales de polvo de oro, centenares de lucas que al descender semejabán una lluvia de piedras preciosas. La charanga se soltó tocando el Himno Nacional. Dominó Gabriela su abatimiento, y me dijo en voz baja, con expresivo acento sigiloso:

—Hoy le contesté a Ernesto. Papá lo ignora, sólo vd. lo sabe... Dígame, Rodolfo: ¿Quiere vd. a Angelina, así, como yo quiero a Ernesto? —Sí. —¿Y ella le ama a vd.? —Sí, mucho! Como no lo merezco! —Pues bien, amigo mío: sea vd. digno de ella!

La fiesta había concluido, la multitud se dispersaba, y los tertulios de don Carlos salían en busca de las señoras para despedirse de ellas. Media hora después estaba yo en mi casa. Me encerré en un cuarto y escribí larguísima carta, ¡ay! una carta que nunca llegó a manos de Angelina.

LXI

A las siete, cansado de esperar a mi tía Pepilla, me senté a la mesa. Jnana se apresu-

ró a servirme. En esos momentos llegó la anciana —¡Ay, Rorró! ¿Qué dirás de mí! Pero, hijito de mi alma, qué misa tan lergal! Ya de sspunaste? ¿No? Pues aquí tienes compañía... Vamos, Juana; pronto, prontito, vea vd. que Rorró tiene que irse!...

Tía Pepilla puso en un extremo de la mesa el libro y el rosario, y quitándose el pañolón le arrojó sobre el respaldo de una silla. —¿Te vas hoy? —Sí, tía; luego que acabemos. Ahí en mi mesa está una carta para Linilla. Mándela vd. con el que venga de San Sebastián; hry ó mañana vendrá el muchacho...

—Si tú vieras, Rorró,—contestó mi tía precipitadamente—que ya voy entrando en cuidado. Hace más de quince días que no tenemos noticias de Angelina. Antes... ¡vaya!... la Semana Santa... luego los huéspedes... pero ahora!... Las niñas Castro Pérez llegaron desde auber... ¡Por qué no escribiste con ellas? —Así la dejarían de aburrída.

—Tal vez... ¿quieres mantequilla? Jnana traiga vd. la mantequilla. Yo voy a escribir esta tarde, para que si alguno viene no tenga que esperar... Luego tengo que andar a las carreras.

—Oiga vd., tía: si Angelina me escribe, ya lo sabe vd., luego, luego, me manda vd. la carta. Le diré a Mauricio que pase por acá todos los días...

—¡Bueno! Coa él te mandaré la ropa. Ese Mauricio tiene cara de buen muchacho. ¡Qué respetoso! ¿Qué bien hablado! Y la tía se soltó charlando alegremente. Estaba muy contenta, contentísima.

—¿Qué gusto, Rorró, qué gusto! Nada de lidiar con los chicos... Desde el día primero voy a descansar... ¡Ya los niños me tienen hasta aquí! ¡Para eso Angelina!... ¡Lo mismo que para cuidar de un enfermo! Ya te lo he dicho, Rorró; si Angelina no se casa ha de parar en hermana de la Caridad. Tiene vocación, hijo, tiene vocación! El otro día se lo dije al P. Solís, y me contestó: «Tiene vd. razón!»

—¡Vaya con vd. y con el P. Solís! ¿Angelina monja? ¡Dios nos libre! Linilla será esposa y madre de familia... Miróme fijamente la anciana, y, sonriendo, me dijo:

—¿Te casarías con Linilla? —De mil amores! —Ese casamiento sería muy de mi gusto. Dicen por ahí, pero yo no lo creo, que estás enamorado de Gabriela...

—¿No, tía! Ya sabe vd. que las gentes dicen cuanto se les ocurre... —Pues mejor, hijo, mejor! Yo quiero mucho a Linilla... Gabriela será muy elegante, muy bonita, muy rica, ¡cuanto tú quieras! pero donde está Angelina...

Era preciso irse. —Buen, tía... —dije levantándome—ya es hora de montar a caballo... —¿No te despides de tu madrina? —Sí, ¿cómo no! Nos dirigimos a la recámara...

Tía Carmen estaba cerca de la cama, sentadita en su sillón. Me recibí risueña y cariñosa. —¿Ya te vas? —Sí, tía... quiero llegar temprano. Nunca la ví más pálida ni más débil; apenas oíamos lo que decía. La parálisis era casi completa. La pobre anciana tenía un brazo completamente inmóvil y los dedos contraídos. En las extremidades inferiores no había fuerza; los pies estaban hinchados.

—Rorró,—exclamó tía Pepilla—dile a tu madrina lo que te recomendó el Doctor. —Sí, tía: ejercicio, mucho ejercicio; si quiera una vuelta por la sala todos los días; una vuelta, una sola, madrina! Eso de estar así, sentada, todo el día sentada, no puede ser bueno...

—Pero... si... no puedo! —murmuró. —Un esfuerzo... Tía Pepa me hizo una seña para que viera yo los pies de la enferma. Los tenía tan hinchados que apenas cabían en los pantalones.